

El colapso de estrategias de consenso y de capacidad de gestión de debate en la novela social de los primeros años de la República

Víctor Sevillano Canicio
University of Windsor

1. INTRODUCCIÓN

La novela social de los primeros años de la República encontró brevemente su merecido reconocimiento tras una larga etapa de existencia en la penumbra con las aportaciones monográficas de Vilches de Frutos (1984), Esteban y Santonja (1987 y 1988) y Castañar (1992) entre otros. En sus trabajos se concentraban esencialmente en la recuperación y categorización de las novelas.

Las obras más emblemáticas pertenecían a la corriente del llamado realismo social con temas de carácter revolucionario y de lucha de clases. Ejemplarmente se pueden mencionar novelas como la de César M. Arconada (1977 [1933])¹, *Los pobres contra los ricos*, o Joaquín Arderius (1980 [1931])², *Campesinos*. Los escritores propugnaban en sus libros, más o menos abiertamente, las convicciones políticas de su partido, en su mayoría comunistas, ensalzando al héroe proletario, mientras que los personajes de la burguesía, y siguiendo un dualismo rígido, siempre se muestran de forma negativa. Se supeditaban a la doctrina de partido y se autodefinían como su boquilla conjuntamente con sus órganos de prensa. Una de las consecuencias en la creación literaria fue a menudo la simplificación y distorsión grotesca de los personajes, así como de las condiciones sociales existentes, por lo cual, después de un momento de entusiasmo y recuperación de dicha literatura, el interés entre los críticos literarios ha amainado considerablemente y no ha encontrado todavía su merecido espacio en las historias de la literatura (Bueno Morillas 2019).

Bastante menos interés encontraron, en parte, novelistas que entendían su producción literaria como un instrumento de describir la sociedad republicana más bien desde una necesidad de definir o explicar el propio punto de vista. Entre estos autores se encuentra Manuel Benavides (1933) con su novela *Un hombre de treinta años*, que, siguiendo el modelo de una novela educativa, nos muestra el camino de un intelectual burgués hacia un

¹ Reedición de la versión de 1933.

² Reedición de la versión de 1931.

marxista de tendencia socialista. Además, cabe añadir Alicia Garcitoral (1981 [1932])³ con su novela *El crimen de Cuenca* que tematiza el intento fracasado de un gobernador civil de imponer los ideales de la República en la provincia de Cuenca y la tercera novela en este grupo de Ramón J. Sender con su novela *Siete Domingos rojos* (1932), cuya trama emana de una huelga anarquista en el Madrid del año 1932.

El presente trabajo pretende mostrar que el desplome de estrategias de mediación, necesarias para la creación de un consenso, ya se vislumbra en las novelas del llamado *bienio progresista* (1931-1933) e incluso, ya se tematiza claramente un posible enfrentamiento bélico en esa época.

Frente a un panorama de prensa partidista y fuertemente ideologizado (ver Fuentes y Fernández 1997; Seoane y Sáiz 1996) había poco espacio para un análisis concienzudo e individualizado sobre el impacto de los acontecimientos político-sociales. Ese papel se lo adjudicaron en parte algunas novelas sociales o comentarios y ensayos en la prensa liberal. Quizás uno de los ejemplos más emblemáticos es el *Un aldabonazo* de Ortega y Gasset publicado en el periódico *Crisol* el 9 de septiembre de 1931, en el cual expresa su desencanto y desafección sobre el desarrollo de la Segunda República cuando escribe: “Lo que España no tolera, ni ha tolerado nunca es el “radicalismo” —es decir el modo tajante de imponer un programa. [...] El radicalismo solo es posible cuando hay un absoluto vencedor y un absoluto vencido” (Ortega y Gasset 1931: 1). Aunque Ortega defina el problema de España con contundencia, se muestra, sin embargo, convencido, que los problemas políticos y sociales no han llegado a tal punto que pudieran poner en serio peligro el sistema establecido. En las novelas sociales, por el contrario, aunque el lector se encuentre en un ambiente de ficción, se van desarrollando los personajes que viven y se van formando durante esta época. A medida que va pasando el tiempo, las barreras estabilizadoras de una sociedad se van diluyendo y se va fraguando la convicción de que los problemas no se dejan solucionar por vías pacíficas. Ese es uno de los grandes temas de estas novelas sociales de los años 30 del siglo pasado.

2. EL CRIMEN DE CUENCA

Augusto Valdés, el protagonista central de la novela en clave *El Crimen de Cuenca*, es el gobernador civil de Cuenca, que ha sido destinado a esta provincia poco después de haberse proclamado la República. Toma posesión de su cargo con la intención de

³ Reedición de la versión de 1932.

implementar los nuevos ideales en esta provincia rural española. La provincia es el prototipo de un espacio subdesarrollado: 50000 habitantes, 65 % de analfabetismo, falta casi total de infraestructuras y vías de comunicación (Garcitoral 1981: 45).

Al inicio de su mandato, el gobernador civil intenta establecer contactos con el cacique y el obispo de la zona, fuerzas que hasta aquel momento habían mantenido un poder autónomo casi absoluto en la provincia. Pero su estrategia de entablar las conversaciones ya aparece en sus inicios volcada hacia la confrontación. Persigue el propósito de destituir de su poder al cacique, pero subestima el tejido de relaciones ancestrales. Inicialmente tanto el obispo como el cacique se muestran cautos⁴ pero los arrendatarios y los campesinos quieren ver su hambre de tierras saciada inmediatamente para poder huir de su miseria. Los adeptos de la República, el grupo más pequeño cuantitativamente, y que el gobernador pretende representar, son caracterizados como “hombres de buena voluntad” (Garcitoral 1981:19), pero exigen implementar las promesas de la República de los intelectuales: integridad de los políticos, así como pan y educación para todos.

Al cabo de pocos días los conflictos entre los campesinos y los caciques van en aumento y cada parte va explorando hasta dónde puede llegar en la confrontación. Temiendo por sus privilegios, las fuerzas vivas (caciques, terratenientes, alcalde y cura) empiezan a sabotear intentos de mejorar la situación social de los campesinos. La estrategia de desestabilización persigue dos vías: la primera, intervenir en los despachos de Madrid para promover la destitución del gobernador y la segunda, mantener un rechazo sin compromisos a las exigencias de los campesinos.

Pero también en el bando del pauperizado campesinado la radicalización se ahonda. Además, se ve inmerso en una batalla interna por el liderazgo entre los anarquistas radicales y los socialistas con una agenda inicialmente más moderada. Esa confrontación se acentúa a medida que se va evidenciando que la República no persigue cambios revolucionarios y que el gobernador no dispone de los instrumentos de poder para paliar la miseria endémica.

La autoridad del gobernador es progresivamente cuestionada por ambos bandos. Convencido de que no hay otra forma de proceder que la estrictamente legalista, busca un compromiso sin cambios revolucionarios, pero finalmente tiene que constatar que el sistema legal heredado del antiguo régimen le mantiene las manos atadas e imposibilita medidas contundentes. Sus intentos de mediar en una mesa de diálogo y de convencer a los terratenientes de mejorar condiciones de arriendo y de jornal para reducir las tensiones

⁴ “acatamos pero no cumplimos. Estamos a la expectativa.” (Garcitoral 1981: 18).

sociales también fracasan casi por completo. El mantenimiento de exigencias maximalistas y provocaciones deliberadas por ambos lados fomentan —como bien lo había formulado Ortega— la discordia y el odio. En ese clima toda estrategia destinada al entendimiento se ve abocada al fracaso. El campesinado se radicaliza y ve progresivamente su misión en la ocupación de tierras. Por ambos lados crece la disposición de resolver el conflicto a través de acciones violentas. Las fuerzas conservadoras califican con desdén la constitución republicana y sus valores democráticos de “papel de retrete” (Garcitoral 1981: 209) y la bandera republicana de “trapo sucio”. El orden constitucional se desgasta. Pero tampoco el gobierno defiende al gobernador. Sus intentos de pedir la intervención del ministro para prohibir las manifestaciones de las fuerzas conservadoras se ven frustrados con el argumento de que no se debe provocar demasiado a la derecha. A los pocos meses es cesado. Cuando finalmente se despide de la provincia, los caciques han salido reforzados y se encuentran en confrontación con la República. Los campesinos, a su vez, pese a alguna que otra mediación eficaz del gobernador vuelven la espalda a la República desilusionados y se adhieren al anarcosindicalismo más radical. Ya a comienzos del año 1932 el abismo entre los dos bandos parece infranqueable.

El crimen de Cuenca es por su técnica narrativa - y además por una historia de amor intercalada poco convincente – la novela menos lograda en este contexto, pero ofrece gran interés por su carácter testimonial. Muestra abiertamente con qué dificultades se encontraba la naciente República a la hora de querer implementar reformas en provincias. Ahora bien, al autor le falta distancia hacia su *alter ego* en la novela que no resulta ser en su papel de mediador tan ecuánime e integrador como lo describe. Se mueve entre un egocentrismo autocomplaciente (Garcitoral 1981: 29 y 34) y autocompasión a la hora del fracaso.

3. SIETE DOMINGOS ROJOS

A primera vista *Siete domingos rojos* de Ramón J. Sender (1932), no parece encajar bien en el contexto que aquí interesa. No aparece un personaje principal que se identifique con los valores de la República o que milite a favor de ella. Más al contrario. Se describe un entorno anarcosindicalista que se propone derrocar la república burguesa a través de una huelga revolucionaria en Madrid. Sin embargo, la novela reviste interés en este contexto puesto que uno de los protagonistas muestra cualidades que aunque no se pueda definir como *alter ego* del autor, sí que está concebida como afín al autor. El periodista Samar profesa – como Sender en esa época – ideas anarquistas. Procedente de un entorno burgués se define

como intelectual. Aprueba sin reservas el ideario anarquista y la lucha revolucionaria, pero expresa dudas acerca de la estrategia a seguir. Como seguidor del ala moderada expresada en *El Manifiesto de los Treinta* cuestiona la estrategia de la revolución permanente y de fracaso permanente del ala radical de la Federación Anarquista Ibérica (Elorza 1973), pero finalmente apoya la práctica revolucionaria de negación radical del sistema republicano vigente: “La revolución social se alzaba sobre negaciones. Apoliticismo, no colaborar, no votar, no transigir, acción directa” (Sender 1932: 16). Sin embargo, esta estrategia le restaba al anarquismo cualquier flexibilidad y aislaba al movimiento frente a otras fuerzas de la izquierda. Además, considera la falta de organización como una de las razones por la cual los levantamientos fracasan una y otra vez. Finalmente ve otro problema en la falta de reflexión sobre el empleo de la violencia que se ve traducida en la deshumanización del enemigo y que se opone a la concepción anarquista del individuo liberado. No siempre la meta justifica los medios y eso crea un problema moral en el protagonista Samar. Frente a sus correligionarios, en su mayoría bastante más jóvenes y menos instruidos que él y que viven en su burbuja ideológica, se ve obligado a defenderse contra aquellos que le tildan de comunista por sus ideas heterodoxas.

El periplo de Samar por la cultura *underground* de los anarquistas acaba en un desencanto profundo. Al final de la novela la huelga revolucionaria ha fracasado, la novia burguesa ha muerto, Samar acaba encarcelado y cinco de sus correligionarios han sido asesinados por la policía sin pasar por la justicia. No es esa una obra de propaganda en defensa de una ideología por la que el novelista Sender había militado tanto tiempo. La obra muestra claramente la enajenación del autor frente a las estrategias del anarquismo de aquella época. Sender no describe, como se ha visto en *Garcitoral*, la pérdida de capacidad al diálogo en la sociedad desde un punto de vista de un adepto a la República, sino muestra este proceso desde el punto de vista de los extremos. Pero en ambos casos se hace patente que hay un precio a pagar a la hora de querer imponer incondicionalmente cualquier ideología política. En el aspecto personal conlleva a que se pierda la capacidad al diálogo para mantener la rectitud ideológica. O en términos más generales de José Carlos Mainer: “hay que sacrificar al hombre viejo —individualista, razonador, *culto*...— en aras del hombre nuevo que es *colectivo e intuitivo*... y que se desprende para siempre de una cultura identificada con el *espíritu*” (Mainer 2005: 285).

4. UN HOMBRE DE TREINTA AÑOS

Manuel Benavides, el autor de la tercera novela *Un hombre de treinta años*, parece ocupar una posición intermedia entre los novelistas. Como simpatizante de ideas socialistas, cambios revolucionarios son una opción, pero la participación de su partido en el gobierno cambia la perspectiva. Especialmente en la primera parte de la novela, el lector percibe una búsqueda honesta hacia un posible consenso entre las diferentes opciones del espectro político. Sin embargo, a medida que va pasando el tiempo, se va imponiendo una radicalización progresiva.

La novela comienza con un comentario sobre la quema de conventos e iglesias en Madrid en mayo de 1931 - pocas semanas después de la proclamación de la República – frente a la cual el Gobierno provisional reacciona tarde y de forma poco contundente. (Carr 1982; Paredes 1996). Son los días en los que la República pierde su virginidad y se reposicionan las fuerzas conservadoras y clericales. La pregunta que resulta primordial desde ese momento: ¿A quién y para qué sirve la República? ¿Qué significa para una persona que ya se ha establecido? Arias, el protagonista principal de la novela, ronda los treinta años, está casado y se pregunta hacia dónde debería orientarse. Su vida le parece aburguesada y aburrida. La República le defrauda por su actitud continuista y su incapacidad de actuar de forma contundente contra sus enemigos, ya que no defiende de forma eficaz los intereses de la clase trabajadora. Cautivado observa la serie de provocaciones y contra-provocaciones entre anarquistas y las fuerzas policiales con sus excesos de violencia que, a su vez, sirven de pretexto para cometer más actos de violencia socavando así los ideales de la República. La autoridad del estado, de hecho, no existe. Esa constatación es idéntica a la de Garcitoral en su novela. Un sistema que ofrece libertades, pero poca ayuda material en un ambiente de injusticia social, violencia y depresión económica global se cuestiona progresivamente.

Arias busca posicionarse políticamente en el marxismo entre el comunismo y el socialismo. Se desentiende completamente – en un proceso de catarsis – de su pasado burgués y abandona a su mujer que se mantiene fiel a sus convicciones burguesas. Esa escisión llega incluso a tal extremo que en una quema de libros se destruyen no solo las obras de Ortega y Gasset, que, según Benavides, representan la decadente literatura vanguardista. Incluso envía sus propias obras de juventud a las llamas. Finalmente se decanta por el socialismo revolucionario, ya que cree percibir en esa ideología los valores fundamentales del ser humano: “Ser socialista es tener un concepto de valores.” (Benavides 1932: 261). Su adhesión a la Unión General de Trabajadores coincide con la creciente crisis política en el

seno del gobierno republicano reformista en el verano de 1933. Hasta el final del espacio temporal novelado en la primavera/verano de 1933 se perciben contradicciones ideológicas abismales en la coalición del gobierno, pero la escisión del partido socialista todavía no se ha producido. La crisis de sentido radica justamente en la necesidad de encontrar y justificar compromisos con la República. La estrategia de negociación y la participación en el poder son contraproducentes en el proceso de la propia radicalización y en la disposición cada vez menor de ponerse en el lugar del adversario político.

El narrador percibe claramente que la radicalización necesariamente lleva hacia una guerra civil. La situación en el verano de 1933 no parece dejar otra solución. Benavides tematiza ese escenario en el último capítulo, en el cual, en una proyección hacia el futuro, deja partir a su protagonista al frente de guerra para defender Madrid, y eso tres años antes del comienzo de la contienda.

5. CONCLUSIÓN

Si se comparan las tres novelas a través de sus protagonistas y sus mensajes principales respecto a la capacidad del país al diálogo, se pueden extraer las siguientes tesis: los tres protagonistas se caracterizan por una contradicción en sus planteamientos ideológicos. Adoptan posicionamientos en los cuales su ideal humanista choca con la violencia ideológicamente justificada. Se constata que los tres protagonistas al final de la novela salen desengañados, en el sentido que ya no creen en la capacidad de superar resistencias a través de concesiones. Todos los protagonistas pierden su capacidad de establecer un diálogo con el adversario ideológico afirmándose o enfrentándose —como Ortega bien observó— a una creciente intransigencia ideológica. En 1933, en concreto, se solidifica la convicción en las novelas, que junto a la República democrática y liberal ganan protagonismo sistemas ideológicos autoritarios de izquierda y de derecha que erosionan el estado liberal y la capacidad al diálogo del individuo, como de la sociedad en general. Benavides incluso va tan lejos de predecir claramente las consecuencias de esta actitud, mostrando que una guerra civil es la consecuencia inevitable del naufragio de los mecanismos de consenso y diálogo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARCONADA, César M. (1977 [1933]): *Los pobres contra los ricos*. La Habana: Arte y Cultura.
- ARDERÍUS, Joaquín (1980 [1931]): *Campesinos*. Madrid: Ayuso.
- BENAVIDES, Manuel D. (1933): *Un hombre de treinta años*. Barcelona: Yuste.
- BUENO MORILLAS, Luís Fernando (2019) “El desencuentro de los narradores del nuevo romanticismo en (y con) las historias literarias”, en *Impossibilia. Revista Internacional de Estudios Literarios*, vol. 18, pp. 186-211.
- CASTAÑAR, Fulgencio (1992): *El compromiso en la novela de la II República*. Madrid: Siglo XXI.
- CARR, Raymond (1982): *España (1808-1975)*. Barcelona: Ariel.
- DUEÑAS LORENTE, José Domingo (1994): *Ramón J. Sender. Periodismo y compromiso 1924-1939*. Huesca: Instituto de Estudios Altoaragoneses.
- ELORZA, Antonio (1973): *La utopía anarquista bajo la Segunda República española*. Madrid: Ayuso.
- ESTEBAN, José y SANTONJA, Gonzalo (1987): *Figuras y tendencias de la novela social española*. Madrid: La idea.
- ESTEBAN José y SANTONJA, Gonzalo (1988): *Los novelistas sociales españoles (1928-1936)*. Barcelona: Anthropos.
- FUENTES, Juan Francisco y FERNÁNDEZ, Javier (1997): *Historia del periodismo español*. Madrid: Síntesis.
- GARCITORAL, Alicia (1981 [1932]): *El crimen de Cuenca*. Madrid: Ayuso.
- MAINER, José Carlos (2005): “Otra vez en los años treinta: Literatura y compromiso político”, en *Anales de la literatura española contemporánea*, vol. 30, nº 1/2, pp. 273-299.
- ORTEGA Y GASSET, José (1931) “Un aldabonazo”, en *Crisol*, Madrid: 9 de septiembre, p.1.
- PAREDES, Javier (ed.) (1996): *Historia contemporánea de España (1808-1939)*. Barcelona: Ariel.
- SENDER, Ramón J. (1932): *Siete domingos rojos*. Barcelona: Colección Balagué.
- SEOANE, María Cruz y SÁIZ, María Dolores (1996): *Historia del periodismo en España*, tomo 3. Madrid: Alianza.
- VILCHES DE FRUTOS, María Francisca (1984): *La generación del Nuevo Romanticismo. Estudio bibliográfico y crítico (1924-1939)*. Madrid: Universidad Complutense.